

Incendios e inundaciones: *aprender a leer el territorio*



CÉSAR BARRÍA LARENAS
 DOCTOR (C) EN HISTORIA UDEC
 DIRECTOR SOCIEDAD CHILENA
 DE CIENCIAS GEOGRÁFICAS

En pocos días hemos visto dos rostros de una misma fragilidad territorial. Mientras el centro-sur enfrenta incendios que arrasan viviendas y paisajes, la zona central convive con

lluvias intensas que transforman calles en ríos y dejan comunidades aisladas. Desde la Geografía y la Historia Ambiental, estos hechos no son episodios desconectados: expresan un mismo problema, la forma en que hemos ocupado y administrado el territorio.

A menudo explicamos estos eventos como fenómenos "propios del verano" o como simples caprichos de la naturaleza. Sin embargo, tanto el fuego como el agua responden a geografías concretas: cuencas intervenidas, suelos impermeabilizados, laderas urbanizadas y ecosistemas empobrecidos. La Historia Ambiental muestra que el paisaje es un archivo vivo de decisiones humanas acumuladas. Cada canal desbordado, cada quebrada degradada y cada bosque reemplazado son huellas de procesos históricos que condicionan la magnitud de las emergencias. Los desastres no son solo climáticos: también son sociales y políticos.

Por ello, la mirada centrada únicamente en la emergencia resulta insuficiente. Brigadas, albergues y reposición de servicios son esenciales, pero no explican

por qué el riesgo se repite en los mismos lugares. La Geografía recuerda que la vulnerabilidad se construye: en planes reguladores débiles, en expansiones urbanas sin criterios de riesgo y en modelos productivos que reducen la resiliencia de los ecosistemas. En regiones como Ñuble y Biobío, donde la relación entre ciudad, campo y cuencas es estrecha, esta fragilidad se hace aún más evidente, especialmente en zonas periurbanas y rurales.

Existe además un ámbito decisivo que casi no aparece en el debate: la educación. El sistema escolar enseña estos fenómenos como hechos naturales aislados, desvinculados de la historia del territorio. Se aprende a ubicar ríos y relieves, pero no a comprender cómo se transforman ni quiénes quedan más expuestos. Sin esa alfabetización territorial, las nuevas generaciones carecen de herramientas para exigir políticas públicas responsables y para participar activamente en la prevención.

Los incendios y las inundaciones no comienzan con la primera chispa ni con la primera gota.

Cada temporada repetimos el mismo guión: conmoción, ayuda solidaria y luego olvido. El desafío es doble. En lo técnico, fortalecer la planificación, la fiscalización y las capacidades locales, considerando la gestión integrada de cuencas y la protección de ecosistemas. En lo cultural y educativo, formar una ciudadanía capaz de leer su entorno, reconocer riesgos y defender paisajes más seguros y justos, con enfoque preventivo y comunitario. Aprender a leer el territorio es, finalmente, aprender a cuidarnos.

Comienzan antes: con barrios levantados en zonas de riesgos, con cuencas degradadas y con una memoria territorial fragmentada. También comienzan cuando aceptamos la tragedia como inevitable y no como resultado de decisiones humanas que pueden ser corregidas.

Cada temporada repetimos el mismo guión: conmoción, ayuda solidaria y luego olvido. Romper ese ciclo exige incorporar Geografía y la Historia Ambiental al debate público, para asumir que el territorio no es un escenario neutro, sino una construcción colectiva que puede —y debe— ser transformada.

El desafío es doble. En lo técnico, fortalecer la planificación, la fiscalización y las capacidades locales, considerando la gestión integrada de cuencas y la protección de ecosistemas. En lo cultural y educativo, formar una ciudadanía capaz de leer su entorno, reconocer riesgos y defender paisajes más seguros y justos, con enfoque preventivo y comunitario. Aprender a leer el territorio es, finalmente, aprender a cuidarnos.